

melusina [sic] propone al lector una serie de reflexiones concisas, contundentes y microcósmicas sobre los aspectos básicos de la condición contemporánea.

Otros títulos de la colección:

Introducción a la cultura japonesa

Hisayasu Nakagawa

Ius Migrandi

Ermanno Vitale

La clave celeste

Leszek Kołakowski

Heidegger en la tormenta

Marcel Conche

Flor de farola

José Antonio Millán

El volcán

Antonio Moresco

La loca historia del mundo

Michel Bounan

Patrik Ourednik

Instante propicio,
1855



melusina [sic]

Título original: *Příhodná chvíle, 1855.*

© Patrik Ourednik

© De la traducción del checo: Kepa Uharte

© Editorial Melusina, s.L., 2007

www.melusina.com

Diseño gráfico: David Garriga

La traducción de esta obra ha recibido una subvención
del ministerio de Cultura de la República Checa

Reservados todos los derechos de esta edición.

Depósito legal: B. 35.867-2007

ISBN-13: 978-84-96614-16-1

ISBN-10: 84-96614-16-6

Printed in Spain

Marzo de 1904

I

Señora, por mucho que me repela la idea de subordinarme a su capricho después de tantos años, no he hallado en mí el valor de oponerme a ello y no me queda otra que someterme, no obstante haber actuado así en perjuicio de mi reputación. Satisfacerla a Usted significa acusarme de mi amor por Usted, de aquel arrebatado pasajero, la ocultación involuntaria de los sentidos que hace menos convincente todo lo que jamás declaré y profesé; y a pesar de saberlo, en su egoísmo me pide Usted una sinceridad que no podría expresarle a nadie más. Puesto que si durante mi vida me resistí a su Dios y sus perversas exigencias, si me resistí a la esclavitud y a la frivolidad, si me enfrenté siempre con calma y firmeza a la burla y a la vileza humana, mi batalla con el amor la perdí; y aún más, mi amor estaba encarnado en Usted, mujer indecorosa de sentimiento auténtico. Todavía hoy, cuando en Usted no encuentro nada que valga la atención,

cuando me quedo atorado de haber podido amarla jamás, aún hoy una palabra de sus labios me deja indefenso, de rodillas, y me devuelve a mis tiempos de inmadurez y tanteo juvenil, a épocas pasadas recientes y remotas, al estudiante impúber que cumplía órdenes e instrucciones que no entendía. Pero el estudiante finalmente se alzó y se decidió a no subordinarse más que a lo que se le mostraba coherente y bueno, mientras que el hombre maduro toma en la mano la pluma y se apresura a satisfacer la vanidad de Usted.

Desea Usted que le relate «la novela de mi vida», ¡ya hace tanto que no nos vemos! Pero mi vida, señora, no es una novela que pudiera hacer encuadernar con tapas y colocar en la biblioteca a merced del moho y los dedos arrugados de sus amigos. Mi vida es mi obra, que a pesar de hostilidades y burlas construí en el lejano Brasil, mi vida y mi obra son una sola cosa. Mi obra, aun torpe, frágil e inacabada, era necesaria; mi vida por tanto no ha sido en balde.

¡Una novela! Las páginas que he decidido publicar por esta vía no son, señora, una paráfrasis de la realidad, sino la memoria de una persona desconocida. Pronto entenderá por qué hablo de una persona desconocida; pero antes precisemos a qué llamamos memoria, que la teoría literaria convierte tan estultamente en plural, como si una memoria fuera poco, como si la memoria fuera

únicamente el susurro de una caña de azúcar al viento y como si multiplicándola surgiese algo digno de anotar. No tengo en mente, señora, someterme a los cánones de la literatura actual, que pide de los autores amenas monstruosidades nacidas de su intimidad; tampoco me propongo someterme a los que se llaman críticos literarios, benedictinos de la vanidad y la superficie resbaladiza, que en los libros buscan sólo frases que les permitan castrar la verdad, atenuar la luz bajo la manta de la moda de la psicología moderna y las ciencias literarias.

Cierto es, atrapado en las redes, el ser humano acude al compromiso y los placeres. No soy más resistente que los demás: yo también tendería a concebir escenas que sacudieran mi conciencia, tal como suelen hacer los escritores cuando quieren llamar la atención sobre algo que les parece importante en el relato. Introducen sus historias en la *forma* para poder *informar* sobre las cosas; ya los antiguos griegos opinaban que sólo así se puede abordar al ser humano en los dominios pensantes del alma. Es un vicio barato y penoso —¿por qué motivo lo escrito hábilmente se escucha con más atención que lo hablado sin habilidad?—, pero la gente, por desventura, lo pide; y la gente de su mundo doblemente. Así que yo también, con la ingenua impresión de que ello beneficia a mi relato, tarde o temprano recurriría a aquellos artifi-

cios ridículos a los que los lectores en su desatino tanta importancia otorgan: al discurso directo e indirecto (¡qué extraño, hablar en discurso *indirecto!*), a alegorías e hipérboles, a enredos y anécdotas, a la ironía y al escarnio, a las anáforas y *lítotes* en las que usted era tan diestra. Echaría mano de todas estas minucias en nombre de mi pasado amor por usted; y porque la gente, por desgracia, lo demanda. El destino y la casualidad, sin embargo, decidieron preservarme de ello; y si me permito artificios parecidos en esta carta, que constituye la introducción de mi propio relato, sepa que será involuntario.

Mi obra es mi vida; pero puesto que la vida dura años, mientras que la obra tan sólo un instante, procuraré precisar por qué derroteros se dirigió mi mente. Luego cederé la palabra a otro.

No evito la escritura tanto como la literatura. En la escritura está la verdad, en la literatura la mentira. El que escribe estudia sus entrañas y busca las palabras; el escritor las acumula. La literatura es la manera de no tener que enfrentarse a la escritura, de propagar mentiras con impunidad. No hay nada que más teman los escritores que la escritura; y anhelando huir de ella, buscan refugio en la literatura enredando intrigas e intrigándose en enredos necios. Las palabras les son tan indiferentes como los ladrillos a un albañil, las figuras para ellos sólo son recipientes vacíos

en los que introducen pasión falsa y sentimientos espurios.

Porque sólo el que ha vivido su vida puede insuflarla a las palabras. Yo viví esto y aquello y encontré el sentido de mi vida, encontré también sus límites; sin embargo, los límites son móviles, mientras que el sentido es eterno.

Jamás, señora, deseé convertirme en escritor, ser de los que reemplazan las acciones con palabras, de los que se retiran al mundo de la retórica para encubrir su cobardía, demasiado débiles e impotentes para enfrentarse a ella con la mirada descubierta, demasiado hipócritas para permitirlo, sea fugazmente, sea sólo por distracción. ¡Palabras! Mi amor por Usted era ilimitado; recuerde aquel día de septiembre en que le dije —con la voz exaltada y lágrimas en los ojos—: *Mi amor por usted, Julie, es ilimitado*. ¿Cuánto más fuerte sería mi amor si en lugar de con unas simples palabras le recitara mi confesión en alejandrinos? ¡Qué criatura superficial es el ser humano! En absoluto, mi amor no podía ser más fuerte; y habría muerto de regocijo en el acto si su respuesta hubiera sido otra. Pero es probable y trágico que mi amor le hubiera parecido más fuerte si lo hubiera revestido con versos y, por tanto, la hubiera —¡qué palabra tan monstruosa!— *informado* de él. ¡Palabras, palabras, palabras! En las profundidades de la noche a veces me pierdo en un sueño delirante:

que un día las personas prescindirán de todas las palabras y hablarán únicamente con su mirada, en un amor y clemencia infinitos, con la comprensión mutua de seres libres.

II

Nací el día en que, en un ataque sangriento en el Trocadero, fue reprimida la revolución española. Mi madre servía en casa de un abogado genovés que la había dejado en estado de buena esperanza. Tras el parto la volvió a enviar a Pisa, de donde era originaria, con la promesa de proveer a su hijo natural. Mantuvo su promesa; mi madre recibía regularmente dinero para mi educación y estudios. Pero ni siquiera más tarde manifestó el deseo de conocerme.

Nunca oculté mi origen bastardo; al contrario, encontraba en él otra prueba de lo ridículo que es dividir a las personas en clases, y lo ridículos que son los que sueñan con establecer una sociedad sin clases por la vía de la dictadura, con la ingenua idea de que basta con aprobar una ley para que la gente niegue en sí misma el sentimiento de exclusión social. Ni por el precio de un millón de muertos se logrará que un aristócrata jactancioso deje de limarse las uñas y hacer muecas ante el espejo, que un lelo enriquecido deje de apreciar su estupi-

dez, que debe a su riqueza, que un erudito medio analfabeto deje de alardear de sus memeces medio analfabetas. ¿Transformar el mundo? ¿No aprendimos de la Revolución Francesa? Sólo existe un camino para crear tal vez no una sociedad igualitaria pero sí *fraternal*: unirse con los que piensan igual y *voluntariamente* construir un nuevo mundo lejos del viejo, un mundo sin pasado ni rencor; y éste —¡tal vez!— con su mera existencia, su amor por la paz y su dignidad, gradualmente influirá en los demás. No está descartado que justamente esto fuera lo que soñaron los cuáqueros cuando marcharon al Nuevo Mundo. Pero su anhelo fue inútil en su mismo germen, porque se llevaron consigo a su Dios, aún más despiadado que aquél al que adoraban sus padres. Su anhelo fue inútil en el mismo germen, porque su deseo era vivir libres de la esclavitud. Y en la esclavitud del alma, a la que se aferraban tan esencialmente, exterminaron a los indígenas y trajeron de tierras lejanas a esclavos del cuerpo. Tantos esclavos tengas, tantas veces Dios te ha mirado con afecto, éste era su *credo*.

Tras los estudios en Pisa y en Perugia, obtuve el diploma de sangrador y veterinario y me mudé a Génova; ahí, como sabe, me matriculé en los estudios filosóficos, que terminé en Lyon. Cuatro años más tarde, el destino me llevó a Ginebra y un año después a Viena, donde la conocí a Usted.

Del año y medio que pasé ahí sabe tanto como yo. Desde Viena primero recalé en Túnez con el deseo vago de olvidarme de Europa, pero las miserables condiciones vitales pronto me forzaron a volver a Italia. Me establecí en Cuneo y comencé a ejercer la práctica veterinaria. Los siguientes meses, lo reconozco, los pasé sufriendo tormentos; su rechazo me abrasaba como hierro candente. ¿Por qué no llegamos a encontrar el camino el uno hacia el otro, a pesar de mi voluntad y, oso afirmar, a pesar también de su apego por mí? ¿Qué nos separó? ¿Qué hace a una persona ser tan obstinada, tan inaccesible? ¿Cómo es posible que la gente no se aproxime más? ¿Por qué el deseo natural humano es tan a menudo desperdiciado por las normas y los automatismos que consentimos, títeres inertes repletos de serrín y ductilidad servil? ¿Cómo es posible que las personas no sean capaces de escucharse, que cada conversación sólo sea la simulación de una opinión, una secuencia de reflejos estúpidos y habituales que no tienen absolutamente nada en común ni con la razón ni con el sentimiento? No hablo de las convenciones sociales, en sí mismas son intrascendentes; hablo del pequeño anhelo de libertad de las personas. ¿Por qué la gente teme tanto la libertad?

¡Ay! ¿Por qué escribir sobre la libertad a una persona que vivía sólo para sí misma? No está Usted desprovista de sentimiento ni de inteligencia,

de ello tuve la oportunidad de convencerme muchas veces. ¿Pero de qué le sirve el sentimiento y la inteligencia? A menudo charlamos juntos sobre el Siglo de las Luces, sobre lo que los franceses llaman *Lumières*, los alemanes *Aufklärung*, los ingleses *Enlightenment*. Voltaire, Diderot, Rousseau... El primero le fascinaba, el segundo la inquietaba, el tercero la emocionaba. ¡Y qué! Usted, señora, habría querido la *Enciclopedia* en su biblioteca y el Código Penal en el salón de lectura pública; pan para todos, pero los vestidos de baile sólo para Usted; amor libre en los libros pero un marido en la vida. Profesa una vida digna pero teme la muerte.

¿La filosofía? ¡*La belle affaire!* Lo que hoy llamamos luz de la humanidad quizá fueran mechas, pero no antorchas; eso se puede ser sólo a título individual y, únicamente, si se está dispuesto a vivir la propia verdad a despecho de los ídolos que adora esa multitud obtusa a la que llamamos sociedad.

¿Pero puede la verdad humana ocultarse en los libros? ¡Escritos! ¡Tratados! ¡Comentarios! *Libido sciendi*, dice usted; y yo le respondo: *Libido dominandi*. Escribir libros es sólo otra manera de subyugar al prójimo, imponerle la propia voluntad, engañarse con respecto a la pequeñez e insignificancia de uno, alejar la última noche de insomnio antes de la muerte. Hasta el último

botánico, que se ocupa de los secretos de la naturaleza, tarde o temprano empieza a verse a sí mismo como un conocedor del universo, convencido de que ha captado algo, y a ese algo le llamará orden; e impondrá su orden a todo el mundo. La *doxa*, señora, conduce sus pasos, y no la *episteme*. En las obras de los filósofos y los sabios encontramos siempre lo mismo, el deseo de despojar al lector de su libre albedrío en nombre de tal o cual ídolo, de la libertad de su interior humano en nombre de una libertad más suprema y formal. No, señora, aunque concedo que en los libros encontré ideas, estímulos, embriones de mis posteriores opiniones, nunca encontré en ellos una guía para la felicidad. La ciencia y la filosofía no pueden llevar a la libertad. La libertad es fruto de la pasión, en absoluto de la razón; la pasión es un don de la naturaleza, no de la civilización. La libertad nace de nuestra inocencia, que la ciencia nos ha robado.

Hace dos mil quinientos años que los doctos perfeccionan sus teorías, indagan siempre en nuevas experiencias, prometen un mundo mejor, pero el mundo cada vez es más incomprensible y doloroso. ¿Por qué? La respuesta es tan sencilla que nos negamos a aceptarla: porque nunca se deshicieron de sus prejuicios, porque reconocen sólo lo que se incorpora a su «orden natural», que heredan de generación en generación. Éste sin duda puede acep-

tar una excepción, una desviación, una anomalía, pero en ningún caso acepta la alteración más insignificante de «la índole natural» de las cosas. ¡Ay! ¿Qué hay de natural en que una persona pase hambre, asesine, saque provecho de la desgracia ajena, copule sólo con el consentimiento de la comunidad, sucumba a ídolos? Sí, el ser humano pasa hambre y asesina, dicen; llevemos a cabo una reforma para que pase hambre sólo si eso tiene un sentido superior y asesine sólo si beneficia al Ideal. Hagamos que pueda divorciarse y volverse a casar (¡cuánta libertad!), que pueda escoger entre un ídolo u otro (¡cuánto progreso!). Mire a su alrededor: es como si el crecimiento del mal humano fuera proporcional a la cantidad de reformas propuestas. Guerras, miseria, confusión y desesperación. Es necesario, dicen los filósofos políticos, reorganizar el Estado, la Iglesia, la Administración, la artesanía, la ciencia. ¡Reorganicemos! Y ocultémonos la realidad de que dos mil quinientos años de reformas no han dado nada y que ya es hora de compensar la reorganización con *desorganización*. A este conocimiento se llega incluso sin estudios de filosofía política; basta vencer los propios prejuicios. ¿Me pregunta qué significa desorganización? Contesto: abrir a las pasiones humanas nuevos caminos. Despertemos en las personas el rechazo a la vida en matrimonio, en el hogar, en la ciudad, en la civilización; y sentirán un placer vertiginoso por

el hecho de que pueden residir libremente con seres cercanos en cualquier lugar del mundo en que la tierra les dé de comer. La libertad sustituye a la esclavitud; la colectividad al asesinato, los celos y la envidia. ¿Acaso la libertad es menos apasionada que la muerte?

La humanidad no consiguió aprender nada más de la Historia. *Et pour cause*: las revueltas contra la sociedad que tuvieron lugar fueron llevadas en nombre de Dios, uno diferente, mejor, más auténtico e infalible. El ser humano fue sacrificado en su altar sangriento. ¿Disturbios campesinos? Claro, el hambre saca a los lobos del bosque. Echadles algo que llevarse a la boca y os lamerán la mano.

¿La Revolución Francesa? ¿Cuál? ¿La que fue génesis de la Declaración de los Derechos Humanos y Civiles? No, ni con esto pueden identificarse. ¡La nación soberana! ¡Una propiedad intangible y *sagrada*! El derecho primero, segundo, tercero. ¡Derechos! ¿Con qué derecho pretende alguien otorgar derechos?

El ser humano nace libre, pero en todas partes está encadenado, dice Rousseau. Por supuesto. ¿Y qué más? El establecimiento del nuevo *orden*, la tiranía de la plebe. Estúpidos sanguinarios que se aferran a cualquier pretexto, porque les falta todo motivo, matones que aseguran que quieren eliminar al enemigo de la humanidad cuando en realidad masacran a los mejores de entre sus filas, ladrones que

saquean la propiedad pública en nombre de los bienes nacionales, incendiarios que hablan de defensa nacional y causan estragos en el país. Los únicos no hipócritas de la época eran los borrachos: declaraban que tenían sed y encontraban todos los barriles. Respetemos a los borrachos por su honradez y vigilemos a los asesinos, para quienes la revolución es el lema. Apreciemos a los borrachos por su paso incierto; quien se tambalea, no asesina.

¿Qué más nos trajeron las reformas? ¿Asistencia escolar obligatoria? ¿Para qué? ¿Para que la plebe adopte la filosofía de los burgueses? ¿El amor por la propiedad, la veneración por el orden y el odio a todo lo que les excede, a lo más auténtico y a lo más genuino? ¿Acaso alguna vez la educación ha hecho más humanas a las personas? ¿Mejores, más sensibles, más perspicaces? La peor ignorancia, ¿no está acaso tejida de pedazos disparatados de conocimiento, tamizados por tal o cual institución? ¿Iglesia, Estado, revolución, monarquía, timocracia, democracia? La asistencia obligatoria a la escuela es la mejor manera de multiplicar las filas de tontos. No obliguéis a nadie a ir a la escuela; que se matricule solo o prescindida de ella. No deis a las personas derechos obligatorios. No les deis derechos ni obligaciones. Dadles libertad.

¿Por qué debería hacer sacrificios a los ídolos de mi tiempo, de mi generación, de mi nación? Sólo hago ofrendas a un único dios: al mío. Pre-

gunta Usted cómo lo puedo distinguir de los ídolos. De una forma bastante sencilla: los ídolos son obra de la sociedad, a mi dios lo escogió mi conciencia. Mi dios no depositó en mí más obligaciones que dormir, velar, trabajar, comer, beber, defecar, amar, pensar. A los ídolos hay que sacrificarles la conciencia y la voluntad. Los reconocerá fácilmente, proclaman una virtud, el atributo más mezquino del que el ser humano es capaz: la sumisión. ¡Y ahí no acaba! El sacrificio de nuestra vida es poco para ellos; quieren de nosotros que sacrifiquemos también las vidas de otros. Ora en nombre de un dios sanguinario ora por el honor de un rey, hoy en el altar de la patria, mañana en el nombre de la raza o de la civilización. Los ídolos alternan los nombres igual que Usted los zapatos: ayer uno de ellos se llamaba Prusia, hoy se llama Alemania; ayer pedía la muerte de un bávaro, hoy reclama la de un francés. En algunos lugares se llama Nación, en otros Intelecto o Voluntad Popular. Los ídolos tienen decenas y centenas de nombres, el más sincero de ellos reza: *¿Qué pensará el vecino?* Tienen decenas y centenas de nombres, pero un solo deseo: matarnos, aniquilarnos, eliminarnos, aniquilarnos, convertirnos en *nada*.